


Sintonia 

No más duplicados

Por falta de espacio, nos limitamos la semana pasada a reseñar, la fiesta de San Antonio Abad sin añadir como precisaba, el debido comentario.

Sin ganas de inmiscuirnos en una cuestión que en nada nos afecta y que es y debe seguir siendo totalmente privativa de sus autores o protagonistas, si que en nombre de la ciudad y en su propio beneficio e interés debemos declarar, como declaramos, que nunca fiesta alguna celebróse en dos partes, ya que el prestigio de una jornada no puede tolerar ni admitir la competencia de otra que, a deshora, ha de revestir forzosamente los fáciles caracteres de cualquier sucedáneo.

Bien está que para los efectos jurídicos o burocráticos exista la conveniencia de ciertos duplicados. Modernamente se llega ya incluso y con facilidad al sextuplicado, por lo que hoy, el simple bisado nos deja totalmente indiferentes. Pero eso de presumir que una fiesta de la popularidad y raigambre como la de San Antonio obtenga el desfavor de su propio duplicado, nos parece francamente poco serio y totalmente reñido con el prestigio que siempre obtuvo dicha jornada.

Posiblemente que los autores de esta dualidad nos dirán que sus motivos existen para así haber obrado. Todas las ideas nos parecen dignas si las dicta la buena voluntad y proceden de conciencias honradas.

Lo que sí y solamente queremos subrayar con estas líneas es que el deber de todos consiste en sacrificarse por el bien común y por el éxito de una jornada que, como todas las patronímicas, no admite otro signo que no sea el de la más completa y verdadera hermandad.

Ómnibus

San Feliu de Guixols 2 de Febrero de 1956 Núm. 419 Año IX



Almendros en flor, tema romántico

por L. d'Andraitx

Si, a pesar del calificativo que merecerá el tema, quiero hablar de los almendros; de los almendros en flor.

Por cualquier camino, por todo atajo, al poco de salir de la ciudad, se encuentra la antorcha de un almendro. También, campos enteros. Las copas están repletas de flores. De lejos, asemejan un blanco incienso que no se atreve del todo al vuelo; oración pura y humilde. De cerca, domina el olor, las manchitas rojas de los pedúnculos de la corola y los rizos de oro de los estambres.

Y en el corazón, un ansia infinita de acariciar las flores, sin osar, sin atreverse.

No faltan los almendros en nuestras tierras, pero yo quisiera más, muchos más, con la pródiga abundancia de los cerezos en el Imperio del Sol Naciente. Y poder hacer como los japoneses con su árbol predilecto. O como hacían, que ya no sé si murió la tradición. Cuando las ramas ya casi se doblan al rosa blanco de los pétalos, el emperador concedía un día de fiesta en todo el territorio nacional. ¡Un día entero para salir al aire, de caminata, con una flor por bandera!

Quiero al almendro. Es hermoso, cuando brota nieve de sus ramas negras. Es bella su flor, bella la profusión con qué aparece, bello el contraste con el desnudo invierno; magnífico, su heraldo de primavera. Retorno.

Retorno. Quizá sea este símbolo de ciclo, de vuelta, la esencia romántica del tema. Retorno de lo que fué ya una vez, nostalgia cierto.

Lo romántico se inspiró siempre en la nostalgia del pasado. Y, como norma, no es aconsejable. Pero, ¿cuándo apareció el romanticismo?

Hubo historiadores que colocaron el romanticismo en los primeros años del siglo XIX, solo, como rey de su época. Y aun así, no habría para qué censurarle como se ha hecho. ¿Qué época le precedía?

Pero nuestro Vicens Vives, muy acertadamente, supo demostrar que el romanticismo apareció como contrapeso al positivismo y que ambas formas de pensar se desarrollaron paralelamente.

¿A qué pues tanta censura? A qué tantas páginas, condenando el movimiento romántico en la literatura, en la música, en todas las artes y en las ciencias?

¡Quizá, porque sepan a jarabe, los sentimentalismos!

¿Y a qué sobrán las pólvoras del dios Marte, las elucubraciones de Minerva, el «bece-

rrillo de oro» de nuestros días?

Casi prefiero beber jarabe. No, a diario; fuera también peligroso. Pero, cuando uno se sienta el corazón como un simple y preciso mecanismo, ahoga su voz por el pensamiento frío, cuando se note la mano inerte, sin tensiones para pedir, sin caridades que ofrecer, los pies remisos, la canción ausente, siempre le será sano el trepar por las montañas, corretear por los campos; el acercarse a lo romántico. ¡Id, entonces, por unas flores de almendro, con una canción de Schubert en los labios, y en el alma, una rima de Becquer!



“Peter” ha muerto

Se trataba de un famoso perro que durante la segunda guerra mundial realizó verdaderas proezas al servicio de los Estados Unidos en los frentes asiáticos. Por tal motivo se le otorgó una condecoración por el gobierno de aquel país, y era considerado como uno de los tantos héroes en aquella contienda.

Ahora ha muerto en Barcelona, en la residencia del conde de Sert, presidente de la Liga de Protección de Animales y Plantas, y ha sido enterrado en el jardín de la misma residencia. El notable escultor Clará ha sido encargado por el propio conde de esculpir el cuerpo del can para entregarlo al gobierno de los E. E. U. U.

Hasta aquí la información de prensa. Pero de ella se deduce una lección que deberíamos tener presente, cuando de animales domésticos se trata. Muchas veces la abnegación y fidelidad de esos animales amigos del hombre hace palidecer a la de que son capaces algunos de nuestros congéneres. Su instinto suple notablemente su carencia de racionalidad, y a veces sus servicios son de tanta trascendencia para el hombre que bien se merecen una distinción honorífica como la que se le ha concedido al desaparecido perro «Peter».

Unamos nuestro aplauso a muchos que recibirá el Presidente de la Liga de Protección de Animales y Plantas barcelonesa por las atenciones que ha prestado al heroico can en sus últimos días, y por la gentil idea de perpetuar su recuerdo mediante la reproducción en efígie de su noble cuerpo.

Xavier